

## ORACION III A LA VIRGEN SANTISIMA.

[De san Luis Gonzaga.]

¡ O María ! ; Soberana Señora mia ! Yo me arrojó con confianza en el seno de vuestra misericordia : yo me entrego del todo y sin reserva á vuestra santa y digna guarda, y pongo en vuestras manos hoy, todos los dias de mi vida, y mas particularmente en la hora de mi muerte, mi alma, mi cuerpo, mis esperanzas, mi consuelo, mis penas y mis miserias, mi alegría y mi dicha ; á fin de que mis pensamientos, mis palabras y mis obras, se hagan y se dirijan segun vuestro gusto, y segun la voluntad de vuestro Hijo adorable. Amen.

## EJERCICIO IV.

## PARA EL SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

## INSTRUCCION CUARTA SOBRE LA VIDA DE LA VIRGEN SANTISIMA DESDE SU VISITACION HASTA EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

*Magnificat anima mea Dominum, et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*

Mi alma glorifica al Señor : y mi espíritu rebosa de alegría en Dios autor de mi salud. (*Luc., cap. 1, v. 46 y 47.*)

Habiendo la Virgen santísima tenido noticia por el Angel del milagroso embarazo de su prima Isabel, se sintió inspirada de los deseos de ir á verla, para darla la enhorabuena de tan inesperada maravilla. Partió pues con el beneplácito de su casto esposo san José, y á toda prisa se dirigió por entre las montañas de la Judea á Hebron, donde habitaba su prima Isabel. El camino era largo y difícil :

Hebron, ciudad sacerdotal, situada á la parte meridional de la tribu de Judá, distaba diez ó doce leguas de Jerusalem y unas cuarenta de Nazareth. Este largo viaje podia ser trabajoso para una persona tan tierna y delicada como María; mas su zelo y su caridad la hicieron superior á todos los obstáculos y peligros. Quiso Dios por otra parte valerse de María para santificar al Precursor del mundo en el seno mismo de su madre; y María obedeció sin demora á la divina inspiracion de que se sentia movida para hacer esta visita. Habiendo llegado á Hebron, va en derechura á la casa de Zacarías: Isabel al saber la llegada de su prima corre á su encuentro: María la saluda, la abraza; y apenas habia abierto la boca para felicitarla, cuando el niño de seis meses que Isabel llevaba en su vientre fue iluminado repentinamente con un rayo de luz celestial: desde la oscuridad del seno de su madre en que se hallaba como encerrado, vió en su espíritu á los que le hacian el honor y la gracia de visitarla; y no pudiendo todavía expresar su gozo con palabras, honró del modo que pudo á Jesus y á María por medio de una agitacion milagrosa del cuerpo, que fue, dice san Juan Crisóstomo, señal de su alegría, de su respeto, y de su gratitud anticipada. Isabel percibió este mo-

vimiento, y reflejando sobre ella la luz sobrenatural que ilustraba al infante dentro de las entrañas de la madre, conoció por inspiracion el misterio incomprendible de la Encarnacion del Verbo: su alma fue llena del Espíritu Santo, y rebosando de alegría respondió á la salutacion de María, exclamando en alta voz: *Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.* Y considerando al mismo tiempo el mérito extraordinario de la que le hacia la visita, cuya eminente dignidad el Espíritu Santo le habia dado á conocer, exclamó con mas asombro: *¿Y de dónde me viene la dicha de que la Madre del Señor se digne visitarme?* « Es este un favor  
« que no puedo acabar de admirar, y que me  
« llena de pasmo y confusion al reconocerme  
« indigna de recibirlo. Hasta el infante que  
« llevo en mi seno ha sentido ya los maravillosos efectos de tu presencia; porque en el  
« momento que han llegado á mis oidos las  
« palabras con que me has saludado, el infante  
« te las ha oido tambien, y al instante ha saltado de placer. ¡Oh! ¡cuán dichosa eres, tú,  
« mi amada prima, cuán dichosa eres, tú,  
« que has creído simplemente y sin dudar  
« lo que el Angel te ha dicho de parte de  
« Dios! Sí: este Dios omnipotente, que ha  
« comenzado á obrar en tí cosas tan grandes

« y maravillosas, las acabará según tus espe-  
 « ranzas. Te lo ha prometido, y lo cumpli-  
 « rá. »

Estas alabanzas, y esta manifestación del inefable misterio de la Encarnación del divino Verbo tan glorioso para María no envanecieron su corazón. Es verdad que no pudo disimular ni callar las maravillas que Dios había revelado á santa Isabel, y que acababa de publicar por boca de la misma; pero no obstante quiso dar toda la gloria á Dios reconociendo su propia indignidad. Y animada del Espíritu Santo de que estaba llena, haciendo levantar el vuelo á su alma y á su corazón que solo Dios ocupaba, pronunció el famoso cántico, el primero del nuevo Testamento, que sobrepasa á todos los antiguos, por el espíritu de piedad que brilla en todas sus palabras, y por la sublimidad de pensamientos, y por la nobleza y la magestad del estilo. Este es el mas precioso monumento de la profunda humildad de la Madre de Dios, el acto mas sobresaliente de su elevada santidad, el mejor modelo de la mas perfecta gratitud.

« Mi alma, exclama, glorifica al Señor; y  
 « toda trasportada de gozo al considerar las  
 « bondades de mi Salvador, no puedo callar  
 « por mas tiempo sus grandes maravillas.

« Porque el Señor se ha dignado fijar sus  
 « ojos en la humildad de su esclava, y por  
 « esto mi dicha será ensalzada por todas las  
 « generaciones venideras. El Omnipotente,  
 « cuyo nombre es santo, cuya misericordia se  
 « extiende de generación en generación sobre  
 « todos los que le temen, ha obrado en mi fa-  
 « vor los mas asombrosos portentos. Así es co-  
 « mo desplega, cuando le place, el inmenso  
 « poder de su brazo. Con este poder, al cual  
 « nada resiste, trastorna los designios de los  
 « soberbios; humilla los grandes de la tierra  
 « para levantar los pequeños; colma de bie-  
 « nes á los pobres, al paso que deja vacíos  
 « á los ricos. Ha llegado el tiempo en que ha  
 « resuelto hacer sentir los dulces efectos de  
 « su misericordia para levantar á Israel pue-  
 « blo suyo, y cumplir la promesa que había  
 « hecho á nuestros padres, á Abraham y á  
 « todos sus descendientes. »

Este admirable cántico nos demuestra que María vió de un solo golpe de vista, y por medio de una luz sobrenatural, todas las antiguas promesas y el cumplimiento de las mismas; siendo ella sola mil veces mas ilustrada y privilegiada que todos los profetas juntos.

La Virgen María vivió cerca de tres meses en casa y en compañía de santa Isabel. No

es difícil comprender, dicen los santos Padres, cuan ventajosa habia de ser esta mansion á la casa de Zacarías, y la abundancia de gracias y bendiciones de que se llenó con este motivo. Porque si en otro tiempo bendijo el Señor á Obededon y á su familia por haber tenido depositada en su casa durante tres meses el arca de la alianza, ¿cuántas bendiciones no habia de atraer sobre la dichosa familia de Zacarías la mansion de tres meses que hizo en su casa la Virgen María, verdadera arca del nuevo Testamento, y de la cual la del antiguo no era mas que una sombra y figura imperfecta? La pureza con que vivió san Juan Bautista fue efecto de la unción y de la gracia derramada en su alma por la Virgen santísima, nos dice san Ambrosio. Y en verdad, la visita que hizo María á santa Isabel encierra tan grandes maravillas, que la Iglesia ha querido que su memoria se renovase todos los años por medio de una fiesta particular, que se celebra el 2 de julio, despues del dia de la octava de la natividad de san Juan Bautista; y no es sin motivo, pues el dia de la Visitacion fue el dia en que la Virgen fue reconocida públicamente por la primera vez Madre de Dios, y honrada como tal.

La mayor parte de los santos Padres é in-

térpretes creen que la santísima Virgen no aguardó el parto de santa Isabel, y que se marchó pocos dias antes del nacimiento del precursor del Mesías. A su regreso á Nazareth volvió á su antiguo retiro: el viaje no habia amortiguado su amor á la vida solitaria, y la manifestacion de la divina maternidad no habia alterado su humildad profunda. Por su parte no tenia reparo en descubrir á san José lo que le habia pasado en Hebron, y lo que el Espíritu Santo tenia todavía reservado al digno Esposo de María, cuando José echó de ver el embarazo de su Esposa. La justa y elevada idea que tenia de la santidad y de la castidad de María no le permitia formar la mas mínima sospecha de adulterio. Sabedor del voto de perpetua virginidad que habia hecho María: testigo de su extrema delicadeza por una virtud que miraba como una joya la mas estimable; no dudó que ella debió ser la Virgen milagrosa de la cual hablaba Isaias (*cap. 7*) la cual sin dejar de ser virgen habia de dar á luz al Salvador del mundo. *Ecce virgo concipiet, et pariet filium*. Así lo creyó, dice san Bernardo, y solo por un sentimiento de humildad y de respeto, semejante al de san Pedro cuando dijo á Jesucristo: *apartaos de mí, porque soy pecador*, pensó separarse de la

Virgen santísima, no dudando que el que llevaba en su vientre fuese el verdadero Mesías.

El casto Esposo no sabia por de pronto el partido que habia de tomar: por una parte no podia resolverse á dejar á María; y por otra no se consideraba digno de permanecer en su compañía. Se hallaba así perplejo, cuando se le apareció un Angel, y le dijo: « José, acuérdate que eres del linage de David, del cual ha de salir el Mesías, y cree que no ha sido sin designio especial el que Dios te haya dado á María por esposa. El infante que lleva en su seno, y que ha concebido milagrosamente por la virtud del Espíritu Santo, es el Salvador del mundo, el Hijo único del eterno Padre, el Mesías prometido. Dios te ha escogido para que le cuides y le alimentes, y hagas con él todos los oficios de un buen padre. No temas pues quedarte en compañía de María esposa tuya; has de ser el angel tutelar y el defensor de su virginidad. »

Instruido José del mas profundo de todos los misterios, en cuyo cumplimiento quiso Dios que tuviese alguna parte, confirmado por el enviado del Altísimo en el pensamiento que habia tenido de la sublime dignidad de su esposa, y asegurado al mismo tiempo contra el temor que su humildad le infundia;

comenzó á mirar á María como el templo vivo de la divinidad, como la madre del Redentor, como la Reina de los ángeles y de los hombres. El respeto y la veneracion con que la miraba corrian á la par del afecto y ternura con que la amaba: se llenaba de admiracion al considerarla como la mayor de todas las maravillas: la honraba como á la criatura mas digna de ser honrada del universo; y sus cuidados, su atencion y su esmero correspondieron á la estimacion que le tenia. Así pasó la Virgen santísima con su esposo los seis últimos meses de su preñado: vivian los dos en un perfecto recogimiento y en continua meditacion. Dios derramó con profusion los mas señalados favores sobre aquellas dos almas privilegiadas, y no se duda que María, despues de la encarnacion del divino Verbo en su seno virginal, tuvo continuamente al rededor de sí un gran número de ángeles destinados especialmente á su conservacion y á la custodia de su sagrada persona tan necesaria á la salud de los hombres, tan amada de Dios, y tan respetada de todo el cielo.

Se acercaba el término de los nueve meses del preñado de la Virgen santísima, cuando el emperador Augusto, queriendo tener un estado exacto de las fuerzas y de las ren-

tas de su imperio, mandó hacer el empadronamiento de sus súbditos, entre los cuales estaban comprendidos los judíos: al efecto hizo publicar un edicto, por el que, á fin de evitar la confusion, cada cual debia pasar al lugar de su origen para ser empadronado y pagar el tributo. Aquel príncipe no tenia en las disposiciones que daba sino miras de ambicion y de avaricia; mas la Providencia disponia así las cosas á fin de que precisados José y María á pasar á Belen, naciese el Mesías en esta pequeña ciudad para que se cumpliesen las antiguas profecías que lo habian anunciado. Porque aunque los dos santos esposos se hallasen establecidos en Nazareth, ciudad de Galilea, pertenecian á la tribu de Judá, á la casa y linaje de David. Y como David habia nacido y sido criado en Belen, se reputaba esta ciudad como el lugar originario de todos sus descendientes, y habia conservado siempre el nombre de ciudad de David. Por esta razon todos los que descendian de aquel Rey habian de pasar á dicha ciudad para ser inscritos en el padron.

## EJEMPLO IV.

Dichoso fin de un devoto de María.

Se refiere que el P. Salmeron de la Compañía de Jesus, habiendo profesado toda su vida la mas tierna devocion hácia la Virgen santísima, murió exclamando: *¡ Al paraíso, al paraíso! ¡ Bendito sea el tiempo que os he servido, ó María! ¡ Benditos sean los sermones, las fatigas, y todo cuanto he hecho y pensado en honor vuestro, ó Reina mia! Y en medio de estos puros y dulces sentimientos exhaló el último suspiro (Nieremberg, diario de María).*

## PRACTICA IV EN HONOR DE MARIA.

(De san Juan de Dios.)

Invoca todos los dias á la Virgen santísima para alcanzar su proteccion á la hora de la muerte. San Juan de Dios, habiendo acudido en los últimos momentos de su vida á esta Madre de bondad, oyó las siguientes consoladoras palabras: *Yo jamás abandono en su última hora á mis devotos que me invocan.*

## ORACION IV A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De san German, patriarca de Constantinopla.)

¡ O divina María! madre mia soberana, y despues de Dios mi único consuelo en este mundo! Vos sois el rocío celestial que solo puede endulzar mis penas: Vos sois la luz que disipa las tinieblas de que mi alma está rodeada:

Vos sois mi guia en mis viajes, mi fuerza en mis debilidades, mi tesoro en mi pobreza, el bálsamo para curar mis heridas, el consuelo en mis lágrimas, el refugio en mis miserias, y la esperanza de mi salud. ¡O María! tened piedad de mí! Vos que como Madre de Dios amais tanto á los hombres, concededme lo que os pido. Vos que sois nuestra defensa y nuestro apoyo, hacedme digno de participar en compañía vuestra de esa grande felicidad de que gozais en el cielo. Amen.

---



---

## EJERCICIO V.

### PARA EL DOMINGO TERCERO DESPUES DE LA EPIFANIA.

---

INSTRUCCION QUINTA SOBRE LA VIDA DE LA VIRGEN  
SANTISIMA DESDE EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO EN  
BELEN HASTA REGRESAR A NAZARETH.

---

*Et mater ejus conservabat omnia verba hac, conferens in corde suo.*

Maria tenia presente todo lo que se decia de Jesucristo, meditándolo en su corazon. (*Luc., cap. 2, v. 51.*)

La santísima Virgen, instruida perfectamente de todo lo que debia suceder, y sabiendo que habia de parir en Belen, se habia provisto de pañales para envolver al divino infante luego que hubiese nacido. Empren- dió el viaje con san José: en Belen encontraron ocupadas todas las posadas por los que pertenecian á la misma familia de David,